



Viejas gerencias reconvertidas en aulas escolares. El bachillerato popular de una gráfica recuperada en el barrio de Pompeya es un botón de muestra de un movimiento que se multiplicó en el país a partir de la crisis de 2001.

POR DIEGO HERRERA

En un galpón de Pompeya donde podrían caber tres canchas de fútbol 5 funciona Artes Gráficas Chilavert, la imprenta recuperada y gestionada por sus trabajadores desde 2002. El techo curvo de zinc protege dos guillotinas, tres dobladoras, dos entapadoras y una torcedora de alambre que se usa para armar revistas. Pero las máquinas más importantes

Escuelas en fábricas recuperadas

Overoles y guardapolvos





y voluminosas son las tres impresoras, que provocan un ruido invasivo y constante.

–Hay días que se ponen en guachas y ni los mismos maquinistas, con más de veinte años de experiencia, pueden hacerlas andar –dice Aníbal Figueroa, socio fundador de la cooperativa–. Pero también son aparatos peligrosos, la semana pasada un compañero se agarró un dedo y no lo perdió porque se paró la máquina a tiempo.

Hoy la cooperativa emplea a trece socios que se dedican a la impresión y producción integral de folletería, afiches, revistas y libros. Figueroa recuerda que no fue una conquista sencilla: el 17 de octubre de 2002, el juez les dio la llave para que pudieran empezar a trabajar. Pero antes estuvieron seis meses parados, manteniéndose dentro de la fábrica.



↑ Cuando comenzaron en 2007 asistían treinta alumnos, hoy llegan a ochenta y hay seis camadas de egresados.

Recién cuando se apagan las impresoras, el trabajador recuerda que existe el silencio. En Artes Gráficas Chilavert esto pasa entre las cinco y media y las seis de la tarde, momento en que el bachillerato popular que allí funciona abre sus puertas a unos ochenta estudiantes que vienen de los alrededores de Nueva Pompeya, Villa 1-11-14, Villa Zavaleta



y Barrio Charrúa. Según la profesora de Historia, Vanesa Jalil, el bachillerato es una manera de devolverle a la comunidad la ayuda que recibieron al momento de la toma del espacio. A fines de 2006, ella y un grupo de estudiantes del Instituto del Profesorado Joaquín V. González pidieron el lugar para establecer un bachillerato popular.

–Cuando se abrió en 2007, empezaron unos cuarenta estudiantes y permanecieron treinta –recuerda Jalif.

Hoy ya cuenta con seis camadas de egresados y trabajan alrededor de cuarenta docentes. El ochenta por ciento de sus estudiantes son jóvenes de entre diecisiete y veintidós años.

El aula de primer año se instaló en el espacio del comedor de los trabajadores. Pero para ubicar las aulas de los siguientes dos años avanzaron sobre las





← Los alumnos tienen dos materias donde participan los trabajadores de la imprenta: Cooperativismo y Taller de Comunicación.



viejas oficinas administrativas. Jalil da cuenta de la conquista de estos nuevos espacios:

– En tercer año usamos la oficina del antiguo dueño. Es simbólico, donde había un patrón robándole a sus empleados, ahora hay un curso que está por egresar.

La cooperativa también abrió su centro cultural “Chilavert Recupera” y cedió un espacio para que el Centro de Documentación de Empresas Recuperadas, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, documente las experiencias de fábricas autogestionadas de todo el país.

Pedagogía del oprimido

Sarmiento pensó la escuela argentina del siglo XIX como una fábrica. En su obra *De la educación popular*, el político sanjuanino explicaba: Un sistema de enseñanza no es otra cosa que el medio de distribuir en un tiempo dado la mayor instrucción posible al mayor número de alumnos. Para conseguirlo la escuela se convierte en una fábrica, en una usina de instrucción, dotada de material suficiente, de los maestros necesarios, local adecuado para que juegue sin embarazo el sistema de procedimientos, y en seguida un método de proceder en la enseñanza que distribuya los estudios con economía de tiempo

y dé mayores resultados.

Esta educación concebida como producción seria y eficiente de ciudadanos comenzó a ser discutida desde comienzos del siglo XX, pero los cambios en el sistema educativo formal se operan muy lentamente. Aún hoy es reconocible esa matriz sarmientina. La institución escuela fue parte esencial de la configuración de todas las sociedades disciplinarias. En *Vigilar y castigar*, Foucault la definió como “una máquina pedagógica”.

En 1970, Paulo Freire acuña su concepto de “educación bancaria” para describir el funcionamiento opresivo de la educación tradicional. Durante el auge del capital financiero, Freire advierte que la escuela se parece más a un banco que a una fábrica y de esta manera lo expresa en *Pedagogía del oprimido*: “En vez de comunicarse, el comunicador hace comunicados y depósitos que los educandos, meras incidencias, reciben pacientemente, memorizan y repiten”. Como respuesta a esa educación bancaria, el pedagogo brasileño comenzó a delinear la concepción de “educación dialógica” y la puso en práctica con la alfabetización de adultos. Dentro de esa tradición se ubican, mayoritariamente, las experiencias de los bachilleratos populares que comienzan a



despuntar, en la Argentina, en el siglo XXI.

Roberto Elizalde es historiador y uno de los fundadores de la Cooperativa de Educadores e Investigadores Populares (CEIP), un equipo de docentes que combina el trabajo de investigación y la militancia territorial. El CEIP es el principal punto de referencia de una parte importante de los más de cien bachilleratos populares que, según Elizalde, funcionan en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y en el conurbano bonaerense. Ellos plantean una tradición freireana, liberadora y vinculada a los intereses de las clases populares. Por eso tuvieron la necesidad y la decisión política de trabajar con los movimientos sociales.

–Nos pensamos como una organización social y no como especialistas que van a asistir. Articulamos políticamente con empresas recuperadas, con frentes de desocupados, con movimientos de ocupantes e inquilinos y con sindicatos –explica Elizalde.

En 2003 y con el apoyo del CEIP, nació el primer bachillerato popular en la fábrica recuperada Industrias Metalúrgicas y Plásticas Argentina (IMPA), ubicada en el barrio de Almagro. Ante su cierre inminente, en 1998, sus trabajadores habían decidido ocupar la fábrica para conservar sus puestos de trabajo. Es indudable que la experiencia pionera del

IMPA motorizó la creación de muchos otros bachilleratos populares. Elizalde calcula que asisten unos diez mil estudiantes a los más de cien bachilleratos de todo el país, porque hay entre setenta y ciento veinte estudiantes por escuela.

–Si multiplicamos por cien el promedio de quince a veinticinco profesores que trabajan en cada escuela, también tenemos un número interesante de docentes –agrega Elizalde.

Según explica este historiador, los bachilleratos populares se desarrollan en la fábrica, el sindicato y el barrio.

Cooperación escolar

El bachillerato Chilavert expresa muchas de las características que definen la educación participativa de tradición freireana. Este tipo de experiencias busca hacer corresponsables formativos a los estudiantes y retomar el conjunto de los saberes de estos jóvenes y adultos. Las asambleas y las parejas pedagógicas son dos de los mecanismos mediante los cuales se intenta seguir el camino de la educación popular.

–La pareja pedagógica nos enriquece como docentes, porque nuestro lugar como estudiantes fue siempre individual. Nuestra experiencia como

docentes en otros ámbitos es de soledad –dice Jalif.

Si bien el Estado comenzó a pagar los salarios de este bachillerato a fines 2011, solo se reconoce el trabajo de uno de los docentes de cada materia y no de la pareja. Sin embargo Jalif explica que en otros sitios la situación es más compleja:

–Todavía hay compañeros de otros bachilleratos que no tienen los salarios reconocidos, y algunas escuelas ni siquiera tienen la oficialización de sus títulos.

Una vez por mes, este bachillerato lleva adelante sus asambleas de estudiantes y docentes donde buscan soluciones para algún problema o plantean nuevos proyectos o deciden las normas de convivencia.

–Los docentes tienen voz pero nosotros votamos –explica Diego Aquino (25), estudiante de tercer año.

En las asambleas también organizan el mantenimiento de los espacios comunes.

–Cada día hay un curso diferente a cargo. Los lunes nos toca a los profesores hacer la limpieza –explica Jalif.

Para esta docente, las asambleas constituyen un espacio de formación que escapa al diseño curricular. También cuenta que al comienzo, los estudiantes esperan que les digan qué tienen que hacer y se sorprenden cuando se los interpela para que se hagan



cargo de las decisiones y las asuman como propias.

En esta institución, se intenta que los estudiantes dejen atrás fracasos en el sistema educativo tradicional y recuperen la autoestima. Florencia Rodríguez (20), estudiante de tercer año, da cuenta de eso:

–Podés expresar lo que sentís sin miedo a equivocarte. Yo tengo miedo a hablar en público porque hubo profesores que te hacían callar cuando decías algo o se te reían. De a poco estoy recuperando la confianza”.

Su compañero Matías Luraschi (32) concuerda:

–En la escuela tradicional tenés que escribir en la prueba lo que quiere el profesor. Acá podés proponer y el docente te dice que ese es tu punto de vista y que lo respeta.

El espacio donde se desarrollan las clases, de acuerdo con Jalil, no es neutral:

–Fuimos generando una relación bien interesante con los compañeros de la fábrica y tres de ellos también son docentes.

Esta relación con la imprenta hizo que la escuela eligiera una orientación en cooperativismo. En sus materias específicas, “Cooperativismo” y “Taller y Comunicación”, participan trabajadores de la imprenta. El caso de Nelson Darín es quizá el más representativo de esta relación entre escuela y fábrica: ingresó

como estudiante del bachillerato en 2012, al año siguiente se transformó en socio a la cooperativa y hoy es parte del cuerpo docente.

–Desde primer año tenemos la materia “Cooperativismo” –relata el estudiante Luraschi– y nos explican cómo funciona una cooperativa, cómo se forma, cómo se mantiene y cómo se lleva adelante. En tercer año, entre todos los estudiantes tenemos que formar una cooperativa y pensar en un proyecto gráfico que salga de la imprenta”.

Y Jalil complementa:

–El tercer año se transforma concretamente en una cooperativa. Los trabajos se imprimen acá y los estudiantes forman parte del proceso de diseño, producción y comercialización. Ellos también tienen que organizarse para ver dónde y cómo venden eso que produjeron”. La ganancia obtenida cubre los costos de la producción y genera un fondo para que el próximo tercer año pueda empezar un nuevo proyecto cooperativo.

La escuela, según Sarmiento, debía funcionar como una fábrica: como una máquina pedagógica que debía distribuir los conocimientos de la manera más económica posible a sujetos que nada sabían. Los bachilleratos populares, aunque funcionen en fábricas,



cas, intentan revertir ese modelo educativo. Parece una paradoja pero no lo es.

–Funcionar en una fábrica recuperada no es lo mismo que funcionar en una fábrica. Los compañeros decidieron tomar en sus manos su necesidad laboral y salir adelante con la autogestión. Ellos tomaron el trabajo en sus manos, nosotros, la educación; tratamos de formarnos y formar a los estudiantes a partir de una lógica diferente –expresa Jalil.

Una nueva manera de organizar el trabajo es solidaria con una nueva manera de enseñar y aprender. Escuela y fábrica; pero otra escuela y otra fábrica. La fábrica ya no es tanto una fábrica y la escuela ya no es tanto una escuela. ⚙️

La reproducción y sus márgenes

POR LAURA MOMBELLO

La tesis que plantea al sistema educativo como reproductor del espacio social tuvo y tiene un gran predicamento. De hecho, aún sostienen investigaciones científicas que indagan la relación entre el origen social de los estudiantes y las posibilidades diferenciales de proyección educativa y de inserción en la matriz socioeconómica.

Sin duda, el contexto en que se formuló aquella tesis permitió avanzar en la deconstrucción de los sistemas simbólicos, que articulaban de un modo injusto las clases sociales dominantes y subalternas. Tal interpretación, sin embargo, no tenía pretensiones reduccionistas. De hecho, Pierre Bourdieu, principal referente de la teoría de la reproducción, se quejaba de las lecturas demasiado lineales en *Capital cultural, escuela y espacio social*. En su obra expresó que “el análisis de los mecanismos extremadamente complejos a través de los cuales la institución escolar contribuye a reproducir la distribución del capital cultural y, con ello, la estructura del espacio social, se ha encontrado reducido a la tesis simple según la cual

el sistema escolar reproduciría la estructura social sin deformación ni transformación”.

El investigador australiano, Ian Hunter, Ian postuló en *Repensar la escuela. Subjetividad, burocracia y crítica* que la educación masiva, lejos de ser concebida como un dispositivo para resguardar los intereses y preeminencia de una determinada clase social sobre otra, surge como respuesta frente a la necesidad de generar mecanismos de gobernabilidad. En este sentido resultó efectiva para una sociedad pensada como totalidad, aunque también exclusiones. Sin embargo, tal paradigma actuaba como regulador de políticas para instalar intereses comunes y, en el caso de la educación, generar comportamientos estandarizados y concebir a los ciudadanos de una manera homogénea. Este esquema, que perduró hasta fines del siglo XX, comenzó a resquebrajarse en el momento en que los gobiernos asumieron la fragmentación como un nuevo orden social y comenzaron a pensarse como la gestión efectiva de los fragmentos.

Actualmente, el sistema escolar tiene una doble y controvertida cualidad. Por un lado, genera experiencias formativas diferenciales que atienden de manera específica y desigual a los distintos sectores sociales. De esta manera, produce una readecuación del mecanismo que satisface las necesidades de una gobernabilidad segmentada. Pero, por otro lado, sostiene una forma de institucionalidad emparentada con las lógicas de articulación de los intereses comunes. Cuestiones como la igualdad, la inclusión, la justicia social y la formación política pueden aparecer o desaparecer del debate público en distintos momentos y circunstancias, sin embargo, la discusión alrededor de estos tópicos permanece dentro del ámbito educativo. Reconocer la gravitación de estas recurrencias en el sistema escolar permite recuperar las huellas de aquellos procesos de “deformación y transformación de la organización social” que también le son propios. ⚙️

Laura Mombello es directora de Laboratorio de Investigación de Prácticas Pedagógicas (LabIPP).